

LA UNIVERSIDAD Y EL VITAFONO

El señor Rector de la Universidad pidió a los intelectuales de mayor valía en México, una opinión sobre el vitáfono; he aquí la de don Genaro Fernández MacGregor, que concreta los principales argumentos que se pueden esgrimir contra el cine parlante.

ME es grato responder con estas líneas a la amable consulta que se sirve usted hacerme en circular que, según veo en la prensa diaria, se ha dirigido también a otras personas, sobre los efectos culturales que puede tener en México el uso del llamado "vitáfono" (que tal vez debiera llamarse "biófono"), en inglés, inquiriendo cuál es la actitud que en mi opinión debe asumir la Universidad Nacional en este caso.

Me siento muy honrado por la consulta que se me hace, y aunque tengo muy poca autoridad y muy poca ciencia para resolverla, sin embargo, y con el deseo único de obsequiar los deseos de usted, paso a hacer algunas breves consideraciones sobre la materia.

Quiero adelantar que mi opinión concreta será, por las causas que expondré, contraria al uso extendido del "vitáfono" en inglés dentro de México; pero antes de entrar a fundar esta opinión en razones meramente de cultura, creo que no huelga hacer una consideración fuera de ese campo, ya que, sin embargo, linda con él.

El primer efecto patente que tiene el uso del "vitáfono" en inglés en México, es el de *defraudar los loables deseos* que tienen las masas de divertirse y de que se les dé el máximo de diversión posible, en proporción al dinero que pagan. En efecto, se juzga que el "vitáfono" significa un adelanto sobre el cinematógrafo simple, porque, además de ver las imágenes, el público cuenta con la palabra de los personajes, para recrearse y para entender lo que pasa en la pantalla.

Ahora bien, las únicas películas habladas que han venido a México, y que diariamente pasan en todos los teatros dedicados al efecto, son en inglés; la masa del público mexicano no conoce ese idioma y, así, se le defrauda ese goce adicional que procura el "vitáfono" y que ha sido motivo para que el productor y el exhibidor de películas

eleven considerablemente los precios. Aun las personas que, como yo, conocen bastante aquel idioma, perdemos más del cincuenta por ciento de lo que se dice en el "vitáfono". ¿Qué será de la gran mayoría de nuestro público, que ignora en lo absoluto dicha lengua?

Y no se diga que el remedio estaría en que el pueblo mexicano no asistiera a los teatros en que se exhiben películas en inglés. El cinematógrafo, desde hace veinte años, se ha ido infiltrando en las masas hasta ser una costumbre para ellas, y la única diversión que les es accesible, por lo que ha llegado a constituir una verdadera necesidad.

Si ahora, aprovechando esa necesidad se exhiben a mayor precio películas ininteligibles, las masas tendrán que ir a ellas por falta de cosa mejor o más apropiada, y, en consecuencia, saldrán defraudadas de la satisfacción de su deseo de placer.

Se puede decir, dadas las circunstancias, que los exhibidores de películas americanas en México tienen un monopolio natural y que abusan de su poder, ya que explotan sin taxativas un artículo de primera necesidad.

El abuso de ese monopolio debe ser conocido por el Estado para corregirlo.

Por lo que toca a la cultura, creo que el problema es obvio. La introducción del idioma inglés extensamente entre el pueblo, dará lugar a dos fenómenos: la corrupción del castellano, que ya tan corrompido está entre nosotros y que, por consiguiente, necesita tanta protección y defensa, y la introducción de un elemento perturbador en nuestra alma nacional, que aún se halla en el período de formación y que requiere por eso una mayor vigilancia y cuidado de parte del Gobierno y de las instituciones de cultura, como lo es la Universidad.

Todo grupo social necesita defenderse de las influencias exteriores nocivas; esto es un principio ya establecido firmemente en sociología. Pero esa necesidad de defensa se hace más urgente en los grupos en vías de cristalización.

Bagehot señala la necesidad de mantener en el aislamiento a una nacionalidad incipiente, para fortificarla. Dice: "un carácter nacional no es sino un *carácter parroquial* que ha prosperado". Todo elemento extraño contamina y detiene el proceso formativo, y nadie niega la primordial influencia del lenguaje sobre el alma nacional. Puede decirse que, si no toda la psicología de una nación depende de él, por lo menos sí una gran parte de aquélla; la imaginación, la inteligencia, los sentimientos responden al instrumento que sirve para exteriorizarlos.

México necesita pensar y hablar en español; este idioma es nues-

tra espina dorsal, la que nos liga con nuestra cabeza, España, y por su conducto con la civilización latina. Así, no debemos permitir que poco a poco se nos infiltre otro idioma y menos aquel que precisamente es de la nación o raza que nos son antitéticas. Si México debe perdurar como centro de cultura y de civilización integrante del mundo, siquiera de este continente, debe defenderse de la absorción; sobre todo, de la que fatalmente ejercita contra él la gran nación vecina. La industria suya nos invade; su capital nos compra; sus ideales cunden por medio de una propaganda genial y a todo costo; vemos el mundo a través de sus concepciones y de sus prejuicios, pues los diarios mexicanos sólo reciben noticias de las grandes agencias americanas, las cuales los impregnan de sus intereses; sus costumbres y modas son copiadas en todos nuestros hogares y en todas nuestras ágoras... ¿Debemos añadir a todo eso la influencia máxima del uso de su lengua?

Es tiempo, en mi concepto, de recordar ponderadamente nuestra historia, de adquirir una clara visión del porvenir y de iniciar una campaña de defensa contra la absorción que se insinúa lenta y fatalmente, ya lo dije, en toda nuestra vida social.

Estas ideas armonizan con la de que es imperativo conservar las nacionalidades. Chocan, naturalmente, con la idea nihilista o fatalista, que sólo lleva a la inmovilidad. Para quienes piensen que el mundo y la humanidad han de cumplir sus destinos, cualquiera que sea la forma de su actuación, no hay problema ni redención posibles. Pero si con Keyserling se cree en la función principalísima que la nación desempeña en la integración del individuo, entonces hay que obtener esa "unidad" de estilo que es lo único que en general crea comunidades "vivas", ya que "un pueblo sin alma propia, es decir, sin unidad de estilo propio, no es más que materialidad".

Pongamos, pues, el acento en aquello más alto de nuestro pueblo, en su espíritu, conjugación de la civilización india y de la española que se le sobrepuso; pero modificándose. Ha de destellar en nuestra raza el amor a la vida junto a la afirmación de la muerte, ese sentido trágico que tan bien se aúna con la resistencia al dolor y con el fatalismo del indio; ha de sobrevivir en lo nuevo, entre nosotros, la substancia de lo antiguo; hemos de centrar nuestra vida en el "Ethos"; hemos de afirmar "que el hombre sólo comienza con la apostura", que la única democracia digna del hombre es la igualdad hacia arriba y no la hacia abajo, y por ello habremos de colocar la dignidad como cimera de nuestros actos... Esto sólo puede hacerse en la lengua sonora, férrea, noble y concisa que se habla en Castilla. Todo lo que la macula será mácula de nuestra raza, todo lo que la amengüe será restar fuerza a su alma, que tiene un tono único en el concierto mundial.

Los optimistas a ultranza dirán que en todo lo que acaece hay algo bueno, y que en el caso que nos ocupa, al fin y al cabo, la introducción en México del inglés, por medio del "vitáfono", traerá el beneficio de que nuestro pueblo hable ese idioma. Este raciocinio miope puede combatirse reduciendo al absurdo el sistema. ¿La anexión de México a los Estados Unidos no traería muchos bienes materiales? Entonces, ¿esos optimistas propondrían la anexión?

Bien que en ciertos órdenes, los más altos artísticos o científicos, en actividades que están dedicadas a determinadas "élites", se admiten manifestaciones en otros idiomas. Siempre habrá que alentar la lectura de Homero o de Dante, la representación de Racine o de Shakespeare, en sus propios idiomas. Aun el "vitáfono" en inglés, o en cualquiera otra lengua, debe admitirse para esos grupos selectos. El hombre superior, elemento de esas "élites", tiene bases suficientemente sólidas para permanecer hondamente nacionalista, aun tornándose universal. No así la masa, las clases populares; en ellas hay que reforzar, que acentuar los caracteres nacionales, a riesgo de verlas tornarse "levantinas", incoloras, inertes, por mezcla y lucha de factores antagónicos.

Mi conclusión es que se impone el destierro del "vitáfono" popular, puramente en inglés.

Puede lograrse tal efecto por dos medios: o gravando fuertemente la entrada al país de cintas en inglés, para hacer su explotación comercial imposible, o prohibiendo pura y simplemente su exhibición, en pro de la cultura, basándose en el inalienable derecho que tiene todo Estado de defenderse en el interior y en el exterior. ¿Y qué hay más sagrado que defender, que la misma alma nacional cuando un peligro la amenaza? Ninguna nación ha vacilado en dictar medidas drásticas en ese sentido, y, por ejemplo, Francia ha rehusado recibir el nuevo género de películas en inglés, ¡y eso que Francia tiene un carácter nacional perfectamente formado y fuerte desde hace siglos!

Para finalizar, quiero hacer patente que no me ciega ningún "chauvinismo". Sé lo que vale el pueblo de los Estados Unidos y todo lo que podríamos aprender de él, sólo que en cuestiones fundamentales hay que adoptar una vía recta y firme.

Creo haber expresado, en lo hasta aquí escrito, mi sentir en el problema que usted se ha servido someterme, y sólo me resta dar a usted nuevamente las gracias por la distinción que me ha hecho consultándome, pidiéndole, al mismo tiempo, que excuse lo pobre de mi aportación.